



LA LINDA DEIDAD DE FRANCIA.

Nuevo y curioso romance, en que se refiere la historia de esta hermosa doncella: cuéntanse por estenso los enredos que hubo por ella; y como un caballero por gozarla hizo pacto con el demonio de entregarle su alma; con todo lo demas que verá el curioso lector.

PRIMERA PARTE.

Hoy, Señores, hoy pretendo dar al auditorio mio noticia de un cierto caso que en Tolosa ha sucedido. En virtud de la palabra que os dí, amado Federico, pretendo dar cumplimiento, aunque es rústico mi estilo.

Hubo en Tolosa de Francia, segun se lee en los libros, dos Duques, que eran hermanos, con muy grande poderio. El mayor y mayorazgo, segun escriben antiguos, ya viéndose populoso de los bienes de este siglo,

si bien tocado de Dios,
 ó bien del cielo asistido,
 procuró el mundo dejar
 sabiendo todo es gemidos.
 Hizo su renuncia en fin
 en el hermano, y le ha dicho
 tomase estado á su gusto,
 porque el tomarlo es preciso.
 Casó á su gusto el pequeño
 con un soberano hechizo;
 viviendo en tranquilidad
 sus Estados, se previno
 el cambiar con los sayales
 las ropas y los vestidos,
 comutando los diamantes,
 esmeraldas y zafiros,
 las perlas y los topacios
 en muy ásperos cilicios,
 y los regalos del mundo
 en espirituales libros:
 El referir las angustias,
 las lágrimas y suspiros,
 me parece imponderable
 cuantos bienes han cumplido
 el plazo de tal ausencia.
 Fuese, en fin, el Duque invicto
 á lo intrincado de un monte,
 y en la espesura de un risco,
 entre alfombras de esmeraldas,
 que naturaleza hizo,
 acompañado de plantas
 y de alegres pajarillos,
 su vida áspera hacia,
 ¡ó prodigio de prodigios!
 ¡qué admiracion se me ofrece!
 Pocos habrá en este siglo
 que imiten á este varon,
 á este anacoreta, asilo
 de virtud y santidad.
 Dejemos en este sitio

á este justo en su maleza,
 y al hermano me es preciso
 mencionar, para saber,
 que á los dos años cumplidos
 el cielo le dió una hija,
 y dieron por apellido
 la Linda Deidad de Francia.
 Considere el advertido
 de sus padres la crianza,
 los alhagos y cariños
 con que á la Infanta criaban;
 ¡Oh, qué grande desatino!
 Aquí se cumplió el refran,
 que á veces el mundo mismo
 es causa de perdiciones;
 y bien dijo el que lo dijo.
 Cumplidos los doce años
 de su edad, habia distintos
 caballeros pretendientes,
 y habia grandes ruidos:
 muertes hubo, y la ciudad
 se queja al Duque mismo,
 padre de la dicha dama,
 para que tanto delirio
 la obligase á darla estado;
 á lo que el padre previno
 el darle á su hermano parte
 de todo lo sucedido,
 y avisarle en esta forma:
 Señor y hermano querido,
 hallándome atribulado,
 y en parte mas de cariño,
 no hallo modo ni manera
 con que poder dar castigo
 á quien fomenta mis penas;
 vuestra sobrina es motivo;
 avísame el mejor medio
 para evitar el delirio
 de tanta profanidad:
 mostraos, señor, benigno,

y vuestro raro talento
 me saque de este conflicto.
 Remitió la dicha carta,
 y sus renglones leídos,
 la respuesta que le envia
 fue darle preciso aviso
 le manden á la sobrina
 al yermo: ¡quién tal ha visto!
 A la hija la amonestan
 que pase á ver á su tío.
 En fin, con la dicha idea
 consiguieron el designio
 de que pase la Duquesa
 para lo que se previno.
 Lleva una gran comitiva,
 que todo el pais lucido
 acompañó á la Duquesa:
 ¿cómo daré á punto fijo
 el número populoso
 de tanto Adónis lucido,
 que solo por una dama
 se miran todos perdidos?
 Depositaron la perla
 en el oriente, y rocío
 de aquel sol de la virtud,
 donde ocho dias cumplidos,
 con júbilos y festejos,
 los mas parientes y amigos
 asistieron cuidadosos:
 luego el tío le previno
 á su hermano la dejase,
 que con ejemplos divinos
 pretendia persuadirla,
 para que dejase el siglo,
 de la madre los alhagos,
 y de su padre el cariño,
 y dándola documentos,
 y los ruegos de su tío,
 la convencieron, de forma,
 que en el acuerdo convino,

y prócsimo de la cueva
 se la dedicó su tío,
 donde una celda la hicieron:
 este es el mayor prodigio.
 Adornó sus blancas carnes
 con muy ásperos cilicios:
 pedíale á Dios perdon
 de sus culpas y delitos.
 Transformada en Magdalena
 se miraba, qué prodigio!
 Comia yervas silvestres,
 y en arroyos cristalinos
 bebia, quien despreció
 los vasos de oro muy fino.
 Dejémosla en este estado,
 y á la ciudad me es preciso
 mencionar, para saber.
 Cierta caballero rico,
 del amor de la Duquesa
 pasaba cruel martirio,
 angustias, fatigas, ansias,
 penas y grandes delirios;
 y viendo que era imposible
 el conseguir sus designios
 de gozar de su hermosura,
 de una industria se previno
 para lograr su esperanza,
 y fue dándole principio,
 pues invocando al dragon,
 hizo pacto, qué delirio!
 si á la Duquesa alcanzaba,
 entregaria propicio
 su alma al mismo demonio;
 el que le dió nuevo arbitrio,
 fingiéndose endemoniado:
 ¡quién este suceso ha visto!
 Sus padres desatinados
 procuraban escorcismos
 por su mejora, y no
 en él hallaban alivio.

4
Les dijo el demonio un dia,
solo en el desierto, es fijo,
está quien puede sacarme
de este cuerpo, y así digo
lleveis esa criatura,
porque el justo con sigilo
nos castiga con gran furia;
y sus padres, que creídos
fueron de su fingimiento,
lo llevan al Duque invicto,
para que por caridad
él les curase á su hijo.
Movido de un santo celo,
con documentos divinos,
al fingido endemoniado
no bastaron escorcismos.
El demonio le avisó
el mismo parage y sitio
donde la Duquesa asiste;
y una noche se previno,
yéndose paso entre paso
hasta llegar á aquel sitio,
á la espalda de la cueva
de la Duquesa, y él mismo
por dentro se sumergió
hasta que por suerte vido
aquella suma deidad,
yendo muy mal prevenido
para su defensa y guarda;
las lágrimas, los suspiros,
los alhagos y promesas,
y los fingidos cariños.
La Duquesa se ausentó,
diciendo: por Dios te pido
que te vayas y me dejes,
señor, en este retiro.
No bastaron las promesas,
las lágrimas y suspiros
á poderlo persuadir
á que dejase el designio;

porque el demonio no duerme.
Venció, por fin, el castillo
de su firme castidad:
quedó aquel jardin lucido
sin la fragancia sus flores,
y aquel pecho diamantino
convertido en blanda cera,
quedó aquel sol sin sus giros.
Dejó, en fin, el buen suceso
de su vida: ¡qué conflicto
verse su luz en tinieblas!
¡O espíritus fementidos,
qué brevemente os convencen
á los fingidos cariños!
En fin, viéndose la dama
con sus honores perdidos,
añadiendo culpa á culpa,
se fue con él, qué delirio!
Abandonando su cueva,
con el caballero ha ido
rodando por toda Francia,
y á cien leguas de camino,
en una grande ciudad
hallaron preciso abrigo:
allí vivieron seis años
con título de marido:
y enojado ya el Señor
le remitió nuevo aviso,
y fue que al tal caballero
una enfermedad le vino,
y conociendo se muere,
á la enmienda se previno.
Confesó generalmente
sus culpas y sus delitos:
murióse, y viendo la dama
que le falta su querido,
añadió penas al mal,
tomando nuevo egercicio.
Fue á ser moza de un meson;
ó qué maldad! qué designio!

ó qué riguroso astro!
 Aquí, lector, determino
 decir, que en otro romance
 finalizará el prodigio,
 y el feliz fin que esta dama

tuvo, según lo colijo
 en la historia de su vida;
 si perdonais el estilo
 de Pedro Navarro, que es
 el autor de estos corridos.

SEGUNDA PARTE.

LA LINDA DEIDAD DE FRANCIA.

Se continúan los sucesos de esta hermosa dama; y se declara como la convirtió un tío suyo, y acabó en una penitente y ejemplar vida en la cueva misma que estuvo al principio; con todo lo demás que verá el curioso lector.

Al fin de los dichos años, que ya quedan referidos, por la espesura de un monte de aquel escusado sitio, huyendo de la inclemencia del invierno y de sus frios, á las puertas de la Ermita, un misero peregrino llegó buscando su albergue, y el Ermitaño benigno dióle posada gustoso, donde trataron distintos misterios, que en este mundo por experiencia se han visto. Acordóse el justo Duque de su pena, con arbitrio preguntóle donde iba,

ó cual era su designio, porque si pasaba á Roma le haria encargo preciso. A lo que le respondió, que guiaba su camino á su país, porque ya lo mas del mundo habia visto. Pues dime, ¿tiene la Francia, ó todo cuanto has corrido, alguna dama que esceda en la hermosura y el brio á la que la nombran Venus? Que he leído algunos libros, y me parece que no habrá en el humano siglo quien á esta pueda esceder, pues es cierto, que rendido

quedo, cuando llego á ver
 las letras, en que colijo
 deben rendirse los hombres
 á una hermosura, esto es fijo.
 Todo esto proponia
 solo por tener indicios
 donde para la sobrina;
 respondióle el peregrino:
 mas de cien leguas de aqui
 vide un soberano hechizo
 de una hermosísima dama,
 que le dan el apellido,
 de que es la Linda de Francia;
 pero vengo compasivo
 al ver que en una posada
 asiste con el arbitrio,
 y al egercicio de moza,
 tan comun, que pobre y rico
 á pocas súplicas vence,
 y alivia sus apetitos.
 Referiré sus facciones,
 y explicarélas, amigo.
 En fin, por lo que la pinta,
 dió á entender en el prodigio
 de su sobrina, y del caso
 el Duque quedó aturdido,
 turbado su corazon
 al oír lo referido.
 Despues de haberse ausentado
 el huésped peregrino,
 puesto su espíritu en Dios,
 dejó su Ermita y abrigo,
 y una tenebrosa noche,
 de la oscuridad valido,
 á las puertas de su hermano
 llegó el Duque cual mendigo
 á pedir una limosna
 por no ser reconocido.
 Admirado se quedó
 el gran Duque, cuando vido

á su penitente hermano:
 preguntóle los motivos
 de su determinacion;
 y despues de referidos
 los intentos que le asisten
 por las nuevas que ha tenido
 de su sobrina, pretende
 andar países distintos
 hasta llegar á encontrarla.
 ¿Quién este suceso ha visto?
 En fin, mudando de trage,
 aunque nunca los cilicios
 de sus carnes los quitó;
 vistió famosos vestidos,
 y prevenido de armas,
 en un famoso tordillo,
 que era hijo de los vientos,
 de su valor sostenido,
 se ausentó de la ciudad
 por Adonis muy lucido,
 y guiado de los cielos,
 ó de divinos ausilios,
 despues de algunas fatigas
 que pasó por los caminos,
 llegó á la dicha ciudad
 que le dijo el peregrino:
 solicitó la posada,
 adonde tránsito hizo.
 Tendió la vista, y miró,
 á la que era el motivo
 de tanta tribulacion;
 y con cariñoso estilo,
 y fingidos cumplimientos,
 á su amor le dió principio,
 diciéndole: hermosa dama,
 este tu amante, rendido
 se halla de tu hermosura;
 y si acaso yo soy digno
 de recibir tus favores,
 dame, señora, el aviso,

que tendrás aquí un esclavo
 que te servirá propicio:
 bastantes doblones traigo
 que ofrecerte, y así digo,
 que aquesta próxima noche
 he de ser favorecido.
 Es cierto vengo cansado
 del trabajo del camino,
 y te advierto que me tengas
 agua ó vino prevenido
 para lavarme los pies,
 que espero de tu cariño
 concederásme este gusto.
 Dióle el sí luego al proviso.
 Considere aquí el lector,
 si hace curioso motivo,
 alguno que viese entrar
 en un cuarto pequeñito
 á la dama y al galan,
 ¿no se hicieran mil juicios?
 Mala es la murmuracion,
 pues no, curiosos, no han sido
 estos amores en valde;
 pues el término cumplido
 del dia, llegó la noche,
 y cada hora era un siglo,
 para nuestro fino amante.
 Traen manjares distintos
 á las mesas que cenar:
 se saludan con cariños,
 estos nacidos de amor,
 y otros de otro amor nacidos.
 Llegó la hora de acostarse,
 á lo que el tío la ha dicho,
 que le lavase los pies:
 quitó una media, y ha visto
 las blancas carnes del Duque
 adornadas de cilicios:
 maravillada se queda,
 y estas razones ha dicho:

señor, ¿qué misterio es este?
 ¿Cómo con tantos cilicios
 esas carnes martirizas?
 ¿No dices, favorecido
 esperas verte esta noche
 en los brazos de Cupido?
 Si es promesa la que haces,
 refrénate en el delirio
 de lo sensual, y mira
 no malogres los principios,
 que según miro, se ofrecen,
 á mí me das nuevo aviso.
 Suspenso se quedó el Duque,
 y dando algunos suspiros,
 la dice: ¿no me conoces?
 Yo soy el Duque tu tío,
 y por mandado de Dios
 en busca tuya he venido.
 Sobrina, vamos al yermo,
 con el alma te lo pido:
 deja las culpas mortales,
 mira que hay muerte y juicio,
 deja las profanidades
 y pensamientos lascivos:
 mal por tí sola he pasado,
 y tú sola eres motivo:
 dejé mi alvergue y morada,
 mis rezos y también libros,
 solo por buscarte á tí;
 pues tanta dicha he tenido
 de hallarte, no me he de ir,
 si no te vienes conmigo.
 La Duquesa le responde,
 hechos caudalosos rios
 sus hermosísimos ojos:
 del alma querido tío,
 ya he conocido mis culpas:
 Señor mío Jesucristo,
 pequé, Señor, contra vos,
 misericordia, Dios mío.

Tío, vamos al desierto,
 que el haber hecho el delito
 fue instada del caballero:
 ¡ con qué dolor os lo digo!
 Me vencieron, que á muger
 presto se vence, esto es fijo:
 ropa y doblones no faltan.
 Ay! ¿qué haré de mis vestidos?
 El tío la respondió:
 déjalo todo perdido,
 que lo que es del demonio,
 él procurará admitirlo;
 y á los diez y siete dias
 llegan al abrigo antiguo,
 Abrazó con grande celo
 los sayales y cilicios.
 No sabré aqui ponderar,
 cuando le dió nuevo aviso
 á su padre el mismo Duque,
 como ya habia recogido
 á la descuidada oveja,
 que ha faltado de su nido.
 La madre despavorida
 al desierto se ha venido
 á ver su hija querida;
 en lágrimas y suspiros
 se exhalaba, dando gracias
 por el favor recibido.
 Llegan al yermo gustosos,

con el pretesto y designio
 de visitar la Duquesa:
 á lo que el tío habia dicho,
 que temia la presencia
 de sus padres, que era digno
 por caridad la deixasen.
 En fin, la madre ha pedido
 que la deixasen ver su hija:
 la licencia ha conseguido
 bajo de santa obediencia;
 mas al silencio remito
 lo que podria pasar.
 El padre al hermano ha dicho
 en clausura la mantenga,
 y la pusiese en el sitio
 ó cueva que antes tenia.
 Este es el mayor prodigio,
 que en ásperas penitencias
 escedia al mismo tío;
 ofreciéndole al Señor
 el alma que le ha infundido.
 Perdona, noble lector,
 lo rústico del estilo
 de Pedro Navarro, que es
 el autor de estos corridos,
 que ha sacado de una historia
 que ha leído en cierto libro,
 que su título contiene
 Victoria y Triunfos de Cristo.

FIN.

VALENCIA:

*Imprenta de Laborda, calle de la Bolseria, núm. 18, donde
 se hallará con otros diferentes.*